

Historia 20—Ante Pilato

Después que Cristo había sido condenado por los jueces del Sanedrín, fue llevado de inmediato ante Pilato, el gobernador romano, para que la sentencia fuera confirmada y ejecutada. Los sacerdotes y gobernantes judíos no podían entrar ellos mismos en la sala del juicio de Pilato. Por las leyes ceremoniales de su nación, se habrían contaminado al hacerlo, y así se les habría impedido participar en la fiesta de la Pascua. En su ceguera no veían que Cristo era el verdadero cordero pascual, y que desde que lo habían rechazado, esta gran fiesta había perdido para ellos su significado.

Cuando Pilato contempló a Jesús, vio a un hombre de aspecto noble y porte digno. No se veía ningún rastro de crimen en su rostro. Pilato se volvió hacia los sacerdotes y preguntó:

«¿Qué acusación traéis contra este hombre?» (Juan 18:29)

Sus acusadores no deseaban exponer detalles, y por eso no estaban preparados para esta pregunta. Sabían que no podían presentar ninguna evidencia veraz sobre la cual el gobernador romano lo condenara. Así que los sacerdotes llamaron a los falsos testigos en su ayuda. «Y comenzaron a acusarle, diciendo:

"A este hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es Cristo, un rey" (Lucas 23:2).

Esto era falso, porque Cristo había sancionado claramente el pago del tributo a César. Cuando los abogados habían intentado atraparlo precisamente en este asunto, él había dicho:

«Dad, pues, a César lo que es de César» (Mateo 22:21).

Pilato no fue engañado por el testimonio de los falsos testigos. Se volvió hacia el Salvador y preguntó:

«¿Eres tú el Rey de los judíos?»

Jesús respondió: «Tú lo dices» (Mateo 27:11).

Cuando oyeron esta respuesta, Caifás y los que estaban con él pidieron a Pilato que tomara nota de que Jesús había admitido el crimen del que lo acusaban. Con gritos ruidosos exigieron que fuera sentenciado a muerte.

Como Cristo no respondió nada a sus acusadores, Pilato le dijo: «¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan.

»Pero Jesús ninguna respuesta dio» (Marcos 15:4, 5).

Pilato estaba perplejo. No veía ninguna evidencia de crimen en Jesús, y no tenía confianza en aquellos que lo acusaban. La apariencia noble y la manera tranquila del Salvador contrastaban directamente con la excitación y la furia de sus acusadores. Pilato quedó impresionado por esto, y quedó plenamente convencido de su inocencia.

Esperando obtener la verdad de él, llevó a Jesús aparte y lo interrogó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?»

Cristo no dio una respuesta directa a esta pregunta, sino que preguntó: «¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?»

El Espíritu de Dios estaba luchando con Pilato. La pregunta de Jesús pretendía llevarlo a examinar su propio corazón más de cerca. Pilato entendió el significado de la pregunta. Su propio corazón se abrió ante él, y vio que su

alma estaba conmovida por la convicción. Pero el orgullo se levantó en su corazón, y respondió:

«¿Soy yo judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

La oportunidad dorada de Pilato había pasado. Pero Jesús deseaba que Pilato entendiera que no había venido para ser un rey terrenal, por lo tanto dijo:

«Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí».

Pilato entonces preguntó: «¿Luego eres tú rey?»

Jesús respondió: «Tú dices que yo soy rey. Para esto yo he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz».

Pilato tenía el deseo de conocer la verdad. Su mente estaba confundida. Con avidez captó las palabras del Salvador, y su corazón fue conmovido con un gran anhelo de saber cuál era realmente la verdad, y cómo podría obtenerla. Preguntó a Jesús: «¿Qué es la verdad?»

Pero no esperó para recibir una respuesta. El tumulto de la multitud fuera de la sala de justicia había aumentado hasta convertirse en un rugido. Los sacerdotes clamaban por una acción inmediata, y Pilato fue llamado de nuevo a los intereses del momento. Saliendo al pueblo, declaró: «Ninguna culpa hallo en él» (Juan 18:33-38).

Estas palabras de un juez pagano fueron una reprimenda mordaz contra la vil perfidia y falsedad de los gobernantes de Israel que acusaban al Salvador.

Cuando los sacerdotes y ancianos oyeron esto de Pilato, su decepción y su ira no conocieron límites. Durante mucho tiempo habían tramado y esperado esta oportunidad. Cuando vieron la perspectiva de la liberación de Jesús, parecían listos para hacerlo pedazos.

Perdieron toda razón y autocontrol, y dieron rienda suelta a maldiciones, comportándose más como demonios que como hombres. Denunciaron ruidosamente a Pilato y lo amenazaron con la censura del gobierno romano. Acusaron a Pilato de negarse a condenar a Jesús, quien, afirmaban, se había levantado contra César. Entonces alzaron el grito:

«Este alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí» (Lucas 23:5).

Pilato en ese momento no tenía intención de condenar a Jesús. Estaba seguro de su inocencia. Pero cuando oyó que Cristo era de Galilea, decidió enviarlo a Herodes, el gobernante de esa provincia, que entonces estaba en Jerusalén. Con este proceder Pilato pensó transferir la responsabilidad del juicio de sí mismo a Herodes.

Jesús estaba desfallecido por el hambre y agotado por la falta de sueño. También sufría por el cruel trato que había recibido. Pero Pilato lo entregó de nuevo a los soldados, y fue arrastrado, en medio de las burlas e insultos de la despiadada multitud.